

debió darse un ataque decisivo, juzgó que Chapultepec no sería asaltado y por tanto no lo reforzó.

«El enemigo que con 8,000 hombres habia formado tres fuertes columnas á las órdenes de los generales Pillow, Quitman y Worth, ocupó el bosque con sus rifles que, saliendo del Molino, arrollaron á los pocos tiradores mexicanos que lo defendian hasta el pié. La columna del general Worth volteó la posicion, y figurando un ataque por la calzada de Anzures, llamó la atencion del general Santa Anna. Una nube de tiradores, avanzando rápidamente sobre el puente de la calzada de la Conde-a, se abrigó en los troncos de los magueyes y chozas inmediatas. Este ataque tambien se juzgó verdadero por el general en jefe, que alternativamente atendia á los tres puntos dichos; pero teniendo en inaccion la mayor parte de sus tropas formadas en toda la calzada. Los enemigos, viendo que se resistian con vigor sus falsos ataques, dirigieron el grueso de sus columnas que entraron por el Molino al asaltó del cerro, que empezaron á subir precedidas y flanqueadas por una nube de tiradores que con sus tiros ciertos apagaban los de los defensores del cerro ó los distraian de atender á las columnas de asalto, que no encontraron otra resistencia formal sino la que les opuso al pié del cerro el valiente teniente coronel D. Santiago Xicotencatl con su batallon de S. Blas; pero muerto este jefe y la mayor parte de sus soldados, los enemigos avanzaron con bandera desplegada, cayendo esta algunas veces por la muerte del que la llevaba y retrocediendo algunos pasos las columnas; pero tomando otro la bandera, y continuando el avance hasta el terraplen, donde nuestros pocos defensores, aturdidos por el bombardeo, fatigados y hambrientos, fueron arrojados á la bayoneta, sobre las rocas ó hechos prisioneros, subiendo una compañía del regimiento de Nueva-York á lo alto del edificio desde don-

de algunos alumnos hacian fuego y eran los últimos defensores del pabellon mexicano que muy pronto fué reemplazado por el americano.

«Los enemigos, que habian hecho los ataques falsos sobre la calzada permanecieron quietos, sin molestar sino con algunos tiros la retirada que se hacia por los dos lados de los arcos con direccion á Belen.

«El general Perez murió al principio del ataque de Chapultepec: el teniente coronel Cano, cumpliendo con su deber, fué traspasado por una bala de rifle, y espiró á las nueve de la noche de ese dia: la pérdida de ese jóven, fué muy sensible para las ciencias y para la patria. El general Dosamantes, que peleó con mucho denuedo, fué herido; y el general Bravo fué hecho prisionero, sin haber desmentido en toda la accion el carácter histórico con que es ventajosamente conocido en la República y fuera de ella; y en toda la accion de Chapultepec, hubo acciones dignas y honrosas, que ademas de probar mucha sangre fria y valor, manifiestan tambien, que en algunos corazones mexicanos el patriotismo era puro como en los primeros dias de la Independencia.

«Sublime y aterrador era el cuadro que el dia 13 de Setiembre presentó el antiguo y venerable bosque de Chapultepec: la densa nube de humo que lo cubria descansaba sobre las copas de sus sabinos; y estremeciéndose luego por el terrible estruendo de las bombas, aquella nube se rasgaba como por una lluvia de rayos para dejar ver el delicado cespéd de aquélla mansion cubierta de cadáveres y de hombres moribundos, ensangrentada la agua de sus fuentes y desgajados los robustos troncos de sus árboles seculares..... ¡Aquel lúgubre cuadro anunciaba la proximidad de la gran catástrofe de la desgraciada República mexicana!»

Las fuerzas mexicanas que hasta entonces habian es-

tado en las calzadas inmediatas, sosteniendo los falsos ataques del enemigo, una vez que vieron tomado el cerro de Chapultepec emprendieron su retirada para la capital, siguiendo su avance sobre ellas las columnas del general Worth por la calzada de la Verónica y la del general Quitman por la de Chapultepec. Aun parecía que quedaban elementos bastantes para continuar la resistencia en la capital, porque la caballería mexicana casi estaba intacta, y la infantería apesar de los descalabros que habia sufrido estaba resuelta á hacer el último esfuerzo por la libertad de su país. Habia tambien varios paisanos en quienes ardia el mismo entusiasmo, y despreciando los peligros de la guerra prestaban con gusto sus servicios para ayudar á los defensores de la capital: de estas personas que esa vez merecieron con su comportamiento que se escribieran sus nombres en la historia, como un testimonio de la gratitud nacional, son D. Antonio Haro Tamariz, D. Ignacio Comonfort, D. Vicente García Torres y los hermanos Romero D. Oton y D. Eligio, portándose todos con la mayor bizarría en medio de los fuegos en los combates mas reñidos.

Animada parte de las tropas por estas personas á la vez que por sus respectivos gefes continuó defendiendo la garita de Belen, el Puente de los insurgentes, las casas de San Cosme y las fortificaciones de San Fernando. Los enemigos encontraron todavía una vigorosa resistencia en estos puntos; y cargando sobre ellos con su numerosa artillería y la superioridad de sus fuerzas, aun tuvieron ocasion de palpar el valor, que apesar de su desgracia honró al ejército mexicano. En lo mas nutrido del fuego, una fuerza enemiga pudo avanzar por una calzada al costado de la garita de Belen, y para evitar que la fuerza que defendia aquel punto fuera cortada, mandó retirarla el general Rangel, y aquel toque que no era

sino para un solo lugar se propagó por toda la línea que abandonaron los defensores, yéndose por distintas direcciones al centro de la ciudad y con esto quedó el enemigo en posesion de las puertas de la capital.

A esa hora la noche habia llegado ya y con sus tinieblas aumentó la confusion de los defensores de la plaza: en tales circunstancias, el general Santa Anna reunió en la Ciudadela una junta de los generales Carrera, Lombardini, D. Francisco Pérez, el Lic. Betancurt, D. Domingo Romero y el Sr. Olaguibel gobernador de Toluca, quien se oponia á que en aquella junta se desidiera el importantísimo punto de seguir defendiendo ó abandonar la capital en aquellas circunstancias: manifestando que tan delicada cuestion deberia tratarse en junta de ministros y con asistencia de mayor número de generales; pero el general Santa Anna apesar de esta oposicion decidió el abandono de la ciudad, nombrando general en gefe de las fuerzas al general Lombardini y su segundo al general Pérez. En virtud de aquella orden se mandó que los cuerpos de guardia nacional se disolvieran y el ejército en número como de 9,000 hombres salió en la misma noche por la garita de Peralvillo para la Villa de Guadalupe á donde se dirigió tambien el general Santa Anna acompañado de D. Ignacio Trigueros.

La poblacion de México que no supo en la noche la retirada de las fuerzas amaneció el dia 14 de Setiembre bajo el yugo de las bayonetas extrangeras: una comision del Ayuntamiento salió á pedir al enemigo garantías para la poblacion; y á las seis de la mañana empezaron á ocupar la ciudad las fuerzas de los generales Quitman y Worth, haciendo su entrada el general Scott á las nueve de ese mismo dia.

El pueblo que hasta entónces no habia tomado parte en la contienda, ya fuera por indolencia ó porque no se

había sabido explotar su decisión, no pudo resistir á la vista de los invasores posesionados ya de la capital de la República, empezó á brotar por todas partes resuelto á lanzar el grito de guerra, y provocar una lucha sangrienta en contra del enemigo que había enarbolado ya su pabellon en los palacios nacionales. Un tiro salido del Callejon de López y que hirió en una pierna al coronel Garland fué la señal para aquel combate que pronto se generalizó en todas las casas y calles que ocupaban los enemigos.

La lucha era enteramente desigual, porque á la vez de que los enemigos tenian un numeroso ejército organizado y con los necesarios elementos para la lucha, el pueblo en su mayor parte no contaba ni siquiera con armas; pero aquel combate se sostuvo de una manera terrible, porque el pueblo luchaba con el generoso entusiasmo de la defensa del honor nacional y con la esperanza de que el ejército de línea volviera en su auxilio y se conseguiría un dia de gloria para la patria salvándola del invasor extranjero.

El general Santa Anna habia dispuesto en Guadalupe: que la infantería al mando del general Herrera marchara para Querétaro; y que él con la caballería iria á Puebla con objeto de sorprender la guarnicion americana que habia quedado en aquel punto. Y cuando ya las fuerzas habian salido con esa direccion recibió la noticia de los esfuerzos que hacia el pueblo en la capital contra los invasores, excitándolo á que volviera con las tropas para favorecer aquel impulso patriótico. A consecuencia de esto el general Santa Anna volvió luego con parte de la caballería á la garita de Peralvillo, dando orden para que todas las fuerzas contramarcharan sobre la capital; pero no pareciéndole que el movimiento fuera una cosa de importancia, regresó á Guadalupe de donde ordenó que las

fuerzas siguieran su camino, sin hacer otra cosa en favor de México, que haber dispuesto la entrada de una corta partida de caballería para hacer un reconocimiento.

En la ciudad se repitieron en todo el dia heróicos combates de los que luchaban por la independencía de México, hasta que vino á suspenderlos una oscura y pavorosa noche cuyo solemne silencio solo se interrumpia de tarde en tarde con algunos tiros, que eran una formal protesta en nombre del honor nacional contra los invasores. Al amanecer el dia 15 se volvió á escuchar el estallido de las armas que manifestaba no haberse aplacado la ira del pueblo, prolongándose por todo el dia una sangrienta lucha como en el anterior, en espera del auxilio que habian solicitado de las fuerzas; pero pasando todo el dia sin que se realizara esa esperanza, los ánimos decayeron y al cubrirse el suelo ensangrentado con las tinieblas de la noche, todos se retiraron convencidos de la inutilidad de aquellos sacrificios.

La noche del dia 15 de Setiembre de 1847 tal vez ha sido la mas horrible que ha tenido México. Ninguna persona salia á la calle por temor de perder la vida, ninguna luz alumbraba la ciudad, cuyas calles estaban regadas de sangre y de algunos cadáveres; y solo se interrumpia el silencio de aquella noche por el ruido siniestro de los soldados americanos que recorrian las calles forzando las puertas de muchas tiendas y casas en que se entregaban á los excesos de la embriaguez y el pillage.

En los dias que siguieron á la ocupacion de la capital por los americanos, la ciudad tenia el aspecto lúgubre y sombrío correspondiente á las escenas que en ella habian tenido lugar; pero pasados algunos dias la confianza pública se fué restableciendo y con ella desaparecia tambien la severidad militar de que la revistieron los invasores á su entrada.

El Ayuntamiento que al principio guardó armonía con el general Scott para evitar á la ciudad mayores males, despues fué teniendo continuos disgustos con los gefes americanos, hasta que se le obligó á separarse de su encargo, procurándose el nombramiento de otra Asamblea municipal que fuera un ciego instrumento de los usurpadores, llevando su degradacion hasta el extremo de dar al general Scott un banquete donde se brindó por sus triunfos en el Valle de México.

Miéntas esto pasaba en la capital, el gobierno mexicano se hallaba establecido en la ciudad de Querétaro, siendo presidente D. Manuel de la Peña y Peña que fué nombrado por una junta de guerra celebrada el 16 de Setiembre y ante la cual habia hecho dimision del mando supremo el general Santa Anna. Este gefe con la caballería sacada de la capital se dirigió al Estado de Puebla, donde no pudo tener el resultado favorable que se proponía: de allí se dirigió al Estado de Oaxaca donde su gobernador D. Benito Juarez, no lo quiso recibir; y como el gobierno de Querétaro lo llamaba para sugetar á juicio su conducta como general, no vió mas medio de librarse de la desgracia que lo amenazaba, sino dirigiéndose á la costa donde se embarcó para Turbaco, pueblo de la Nueva Granada.

D. Manuel de la Peña y Peña tuvo como asociados en la presidencia á los generales Herrera y Alcorta y como únicos ministros al general D. Pedro M^a Anaya encargado de la cartera de guerra y á D. Luis de la Rosa de la de relaciones. Como el Sr. Peña y Peña habia manifestado siempre sus tendencias mas bien por las negociaciones de paz, luego que él estuvo encargado de la presidencia de la República, por serlo de la Suprema Corte de Justicia, se dirigió á él el gefe americano para continuar las negociaciones de paz que se habian iniciado en México despues

de las acciones de Padierna y Churubusco; y despues de muchas conferencias vino á terminarse el dia 2 de Febrero de 1848 en la ciudad de Guadalupe Hidalgo un tratado de paz, amistad y límites entre México y los Estados Unidos por el cual cedió México mediante una indemnizacion el terreno de Texas, Nuevo-México y la Alta California.

Este tratado con las modificaciones del Senado de los Estados-Unidos pasó á la discusion de las cámaras mexicanas reunidas en la ciudad de Querétaro: la comision de relaciones compuesta en el congreso de los Sres. Jiménez, Larez, Solana, Macedo y Lacunza presentó su dictámen el dia 13 de Mayo apoyando con muy fuertes razones la necesidad imperiosa de la paz, concluyendo con pedir al congreso la aprobacion del Tratado del dia 2 de Febrero de ese mismo año. La discusion de un punto tan grave para el honor y los intereses de la nacion no podia dejar de ser fuerte y acalorada: los diputados Muñoz, Villanueva, Prieto, Pacheco, Rodriguez, Doblado, Aguirre, Arriaga y Cuevas, combatieron el dictámen pidiendo la continuacion de la guerra; y en contra de esta opinion hablaron en favor del dictámen sus mismos autores apoyados por los diputados Payno, Elguerro, Micheltorena y Mendoza y el secretario de relaciones D. Luis de la Rosa. Pero en tan acalorada discusion, ni se faltó á la desencia, ni se pusieron en juego mezquinas pasiones: se tomó en consideracion, así lo que exigia el honor de México justamente agraviado por una invasion tan escandalosa, como lo que era de esperarse del estado de su desgracia y decaimiento de sus elementos; y pesándose en el fiel de la justicia las razones que se habian expuesto en favor y en contra del dictámen, fué aprobado este por 51 votos contra 35: votando por la afirmativa los Sres. Almazán, Aranda, Arias, Avalos, Balderas, Barquera, Barrio, Bo-

canegra, Bracho D. Luis, Burquiza, Covarrubias, Cruz, Diaz Guzman, Diaz Zimbron, Elorreaga, Elguero D. Hilario, Escobar, Espinosa D. Rafael, Garay, Godoy, Gonzalez Mendoza, Jáuregui, Jimenez, Lacunza, Lares, Liceaga, Macedo, Madrid, Malo, Medina, Micheltorena, Montañó, Orozco, Palacio, Pairó, Pérez Palacios, Pozada, Reyes Veramendi, Rio-Seco, Riva Palacio, Rodriguez D. Jacinto, Raigosa, Saldaña, Salonio, Sanchez Barquera, Serrano, Silva, Solana, Torres Torija, Villanueva D. José y Zamacona; y votaron en contra del dictamen los Sres. Aguirre, Arreaga, Buenrostro, Bolaños, Cañedo D. Anastasio, Cardozo, Echevarria, Cuevas, Doblado, Elizondo, Fernandez del Campo, Granjo, Herrera y Zavala, Macias, Mariscal, Mateos, Mirafuentes, Muñoz D. Manuel, Muñoz Campuzano, Navarro, Ortiz D. Ramon, Pacheco, Pérez Tagle, Prieto, Razo, Reinoso, Rio, Rodriguez D. Vicente, Romero, Ruiz, Siliceo, Urquidi, Valle, Varela y Villanueva D. Ignacio.

Con la aprobacion del Congreso, el Tratado de 2 de Febrero pasó á conocimiento del Senado: en este cuerpo únicamente estuvieron por la continuacion de la guerra los Senadores Morales, Robledo, Otero y D. Bernardo Flores; y á sus razones contestaron los Sres. Muñoz Ledo, Pedraza y D. Fernando Ramirez á quienes se unió la mayoría del Senado, quedando en consecuencia aprobado el Tratado por treinta y tres votos contra cuatro.

En consecuencia de la resolucion de las Cámaras, el 26 de Mayo se empezó á formar el protocolo correspondiente por el ministro de relaciones del gobierno mexicano D. Luis de la Rosa y los comisionados Clifford y Servier por parte del gobierno de los Estados-Unidos; y el 30 de Mayo se canjearon las ratificaciones del Tratado, quedando con esto concluidas las negociaciones de paz y terminada una campaña que no pudo ménos de dejar

un profundo sentimiento de tristeza en los corazones de todos los buenos mexicanos y una leccion muy viva de cuán difícil es la defensa y salvacion de los pueblos, cuando en ellos se intronizan el desórden y la anarquía.

Concluida la paz de la manera que he dicho, se nombró como presidente de la República al general D. José Joaquin de Herrera, quien nombró como secretario de su despacho á D. Mariano Otero, D. Mariano Riva Palacio, D. José María Jimenez y general D. Mariano Arista: el gobierno trasladó luego su residencia al pueblo de Mixcoac mientras los americanos desocupaban la capital; y en el mes de Junio de 1848 volvió á ondear el pabellon tricolor sobre el Palacio Nacional.

Gobierno de los Presidentes Herrera, Arista, Otero, Riva Palacio, Jimenez y Arista.

Apenas se había firmado la paz y ni se acababa de desocupar aún el territorio nacional por el enemigo extranjero con quien se tuvo una guerra tan desastrosa para la República, cuando tuvieron lugar los acontecimientos de la Sierrita de Xicón y el del general Paredes Arista en la ciudad de Aguascalientes. El general Paredes, durante la invasión americana, desembarcó en Veracruz de incognito, y estando ya en el país ofreció al gobierno sus servicios en la guerra que sostenía contra el enemigo extranjero; pero no pudo ser hecho su ofrecimiento, sino que hasta se le pagaba la libertad para volver al extranjero como solista, después de hecha la paz. Resuelto de esta manera hizo su pronunciamiento en Aguascalientes: en seguida mandó sobre Guanajuato, cuyo plaza tomó pero siendo poco afortunado, perdió la fuerza que tenía quedando separados de la capital, donde permaneció escondido hasta el día siguiente en que murió, dejando por su familia